

## [DE NABUTHE JEZRAELITA.]

### EN EL LIBRO DE NABUTHE JEZRAELITA ADVERTENCIA.

Este libro parece contener nada más que uno o dos sermones que Ambrosio pronunció con todo el fervor de su mente contra los ricos que despojaban de manera inhumana a los hombres más pobres. Sin duda, la historia del rey Acab y del pobre Nabot, recitada en la Iglesia en aquel tiempo, le proporcionó la ocasión (Cap. 1, num. 1) para poner ante los ojos, en un caso, la crueldad del rico avaro, y en el otro, la calamidad del pobre que soporta todo tipo de sufrimientos. Por ello, primero muestra (Ibid.) que en ningún tiempo faltan sus Acabs ni sus Nabots; y también que, mientras hablaba, se encontraban pobres acosados y atormentados de tal manera que se veían obligados a huir de su patria para no morir allí de hambre y miseria. Esto lo reprocha con gran vehemencia a estos ricos, a quienes también, a partir de la primera parte de la historia propuesta, demuestra (Cap. 2, num. 4 y ss.) que, en medio de sus riquezas, son más necesitados que cualquier indigente; que en sus robos (Cap. 3, num. 11 y ss.) buscan menos su propia utilidad que el despojo de los pobres; y finalmente (Cap. 5, num. 9 y ss.) que su abstinencia y banquetes suelen traer por igual la ruina a esos miserables. Luego (Cap. 6, num. 29 y ss.), exponiendo el pasaje del Evangelio donde se introduce a un rico que piensa construir nuevos graneros destruyendo los viejos, revela cuán infeliz es la condición de los más acaudalados. Pronto, volviendo a su argumento (Cap. 11, num. 46 y ss.), explica de qué manera Jezabel, para complacer la avaricia de su esposo Acab, infligió la muerte más funesta a Nabot. En esa ocasión, alzándose contra los ricos de su tiempo, que no eran más clementes con los pobres que Acab y Jezabel, les advierte repetidamente que tengan cuidado de no incurrir en los mismos castigos al imitar los crímenes de estos. Y para persuadirlos más eficazmente, enseña cuál es el uso legítimo de las riquezas (Cap. 12, num. 52 y ss.); y al mismo tiempo prueba cuán carentes de solidez son aquellas (Cap. 15 y 16) mediante una breve exposición de todo el salmo LXXV, que adapta muy hábilmente al tema propuesto. Finalmente (Cap. 17, num. 70), repitiendo el ejemplo del mismo Acab, afirma que nada es más cierto que lo declarado en el último versículo del salmo mencionado, a saber, que Dios se muestra terrible contra los reyes de la tierra y quita el espíritu de sus príncipes, quienes invaden tan atrozmente las escasas posesiones de los pobres.

Sin embargo, de lo que hemos dicho arriba, se puede entender que en esta obra se menciona mucho más a Acab que a Nabot, por lo que tal vez alguien podría preguntarse por qué no se le dio el título de "sobre el rey Acab" en lugar de "sobre Nabot el jezraelita" o "sobre Nabot el pobre", como muestran los manuscritos más antiguos. Se puede responder sin inconveniente que esto se debe al amor del santo Obispo por los pobres, en cuyo favor discurre en ese tratado no pocas cosas que contribuyen a su consuelo; y a quienes (Cap. 4, n. 16; c. 6, n. 29; c. 14, n. 60; c. 16, n. 67 y ss.) allí no solo iguala a los ricos, sino que incluso los antepone, como más felices en su pobreza y más aceptos a Dios. Además, el ejemplo de este pobre que no se somete a la codicia real parece haber complacido mucho a nuestro Doctor, no solo por lo que aquí se lee, sino también porque ya había usado ese mismo ejemplo para confirmarse y estimularse a resistir al emperador, quien, instigado por Justina, le ordenaba entregar las iglesias católicas a los arrianos: "Nabot defendió sus viñas", dice (Contra Aux. de Basil.), "incluso con su propia sangre. Si él no entregó su viña, ¿entregaremos nosotros la Iglesia de Cristo? ... Si él no entregó la herencia de sus padres, ¿entregaré yo la herencia de Cristo? Lejos de mí entregar la herencia de los padres, es decir, la herencia de Dionisio, etc."

En este punto, no se debe ocultar que Ambrosio tomó prestado algunos elementos de las homilías basilianas, "sobre la avaricia" y "en los ricos". Esto se demuestra incluso por la sola afinidad (Basil., Hom. de Avar.; Ambr., cap. 5, num. 21 y ss.) de esas elegantísimas descripciones en las que, en ambos, se expresa con un estilo tan agitado y tan adecuado para conmover los ánimos, el dolor y la angustia de un padre obligado a vender a uno de sus hijos para alimentar a los otros. Si se encuentra algo más tomado de Basilio aquí, no es más que unas pocas sentencias que nuestro Santo adaptó a su materia. Y esto no será negado por quien considere que el bienaventurado Basilio solo habla de Acab y Nabot de pasada, y guarda silencio sobre el salmo LXXV, en los cuales, sin embargo, se basa la mayor parte del comentario de Ambrosio.

Por lo demás, no se puede extraer de la lectura de esta obra ningún argumento que permita conocer con certeza su fecha. Sin embargo, parece arrojar algo de luz sobre esta investigación lo que allí se narra (Cap. 14, num. 61, y c. 5, num. 20 y ss.) sobre la avaricia de los poderosos, cónsules, príncipes y nobles: que en esos tiempos había llegado a tal ferocidad que los pobres se veían obligados a abandonar su tierra, dejar a sus esposas y llevarse a sus hijos para que no murieran de hambre en su patria. En verdad, Paulino, de quien nos ha llegado la vida de Ambrosio, al recordar las últimas acciones del bienaventurado Prelado, habla así: "Se lamentaba profundamente al ver que la raíz de todos los males, la avaricia, florecía, que ni la abundancia ni la escasez podían disminuirla, creciendo cada vez más en los hombres, y especialmente en aquellos que estaban en posiciones de poder; de tal manera que intervenir ante ellos era un trabajo muy arduo, ya que todo lo vendían a precio. Esta situación fue la que primero trajo todo el mal a Italia, y desde entonces todo va de mal en peor, etc." (Paulin. en la Vida de S. Ambrosio). Y aunque el mismo autor no siguió un orden cronológico preciso al escribir las gestas de Ambrosio, entendemos suficientemente que esto fue mencionado por él en ese lugar porque, en verdad, la codicia de esos próceres nunca ardió con más impotencia que bajo el final del imperio de Teodosio el Grande: cuando, en efecto, la rapacidad de Rufino, Eutropio y otros prefectos cesáreos los llevó a tal envidia y odio que los Padres del concilio de Cartago se vieron obligados a pedir a los emperadores, "por la aflicción de los pobres", que se les asignaran defensores contra las potencias de los ricos con la provisión de los obispos (Conc. Cartag. III, en algunos V, can. 9). No hay duda de que antes de ellos, Ambrosio también ennobleció su caridad en una causa tan piadosa; por lo que no vemos nada que impida que digamos que este libro fue escrito en el año 395, o en otro cercano: todo encaja tan bien en ello.

## SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE NABOT EL JEZRAELITA, LIBRO ÚNICO. (C)

### 565 CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo con el ejemplo de Nabot y Acab los pobres son oprimidos diariamente por los ricos; aunque la naturaleza ha creado a todos iguales, y la tumba recibe a todos por igual: sobre lo cual Ambrosio ataca la arrogancia y la necedad de los ricos.

1. La historia de Nabot es antigua en el tiempo, cotidiana en su uso. ¿Quién de los ricos no codicia diariamente lo ajeno? ¿Quién de los más opulentos no intenta expulsar al pobre de su pequeño terreno, y eliminar al indigente de los límites de su heredad ancestral? ¿Quién está contento con lo suyo? ¿A quién no inflama el ánimo del rico la posesión vecina? No ha nacido, pues, un solo Acab: sino, lo que es peor, diariamente nace un Acab, y nunca muere en este siglo. Si uno muere, surgen muchos: más son los que arrebatan que los que pierden. No ha sido asesinado un solo Nabot pobre: diariamente se abate a Nabot, diariamente se mata al

pobre. Con este miedo, la humanidad, aterrorizada, ya cede sus tierras, migra con sus pequeños, el pobre cargado con su prenda: le sigue la esposa llorando como si acompañara al esposo al sepulcro. Sin embargo, llora menos aquella que lamenta los funerales de los suyos; porque aunque ha perdido el apoyo del esposo, el sepulcro lo retiene: y si no retiene a los hijos, al menos no los lamenta exiliados, no gime por hambres más graves que los funerales de su tierna prole.

2. ¿Hasta cuándo extenderéis, ricos, insanas codicias? ¿Acaso habitaréis solos sobre la tierra? ¿Por qué expulsáis al compañero de naturaleza? y reclamáis para vosotros la posesión de la naturaleza? La tierra fue fundada en común para todos, ricos y pobres, ¿por qué os arrogáis el derecho exclusivo, ricos? La naturaleza no conoce ricos, que a todos genera pobres. Pues no nacemos con vestiduras, ni somos engendrados con oro y plata. Nos arroja desnudos a la luz, necesitados de alimento, vestido, bebida: desnudos nos recibe la tierra que nos engendró, no sabe incluir los límites de las posesiones en el sepulcro. El césped angosto es suficiente tanto para el pobre como para el rico: y la tierra que no pudo contener el afecto del viviente, ahora contiene al rico entero. La naturaleza, pues, no sabe distinguir cuando nacemos, no sabe cuando morimos. A todos crea iguales, a todos los encierra iguales en el seno del sepulcro. ¿Quién distingue las especies de los muertos? Desentierra la tierra, y si puedes, descubre al rico. Desentierra un poco después el túmulo, y si reconoces al indigente, acúsalo; a menos que tal vez solo en esto, que con el rico perecen más cosas.

3. Las vestiduras de seda y los mantos entretejidos con oro, con los que se adorna el cuerpo del rico, son pérdidas de los vivos, no ayudas de los difuntos. Recibes unguento, rico, y eres fétido: pierdes la gracia ajena, y no adquieres la tuya. Dejas herederos que litigan. Dejas a los herederos un depósito más hereditario que un beneficio voluntario, que temen disminuir y violar lo que se les ha dejado. Si son herederos frugales, lo guardan: si son lujuriosos, lo agotan. Así que o condenas a los buenos herederos a una perpetua preocupación: o dejas a los malos, para que condenen tus hechos.

## CAPÍTULO II.

Cuanto más abundan en riqueza los ricos, más pobres son en afecto. Esto se hace evidente en la contienda entre Acab y Nabot. Luego, al proponer el texto de la Escritura, se considera cuán abyecta es aquella petición, "Dame", que se pronuncia.

4. Pero, ¿qué piensas que mientras vives, abundas en todo? Oh rico, no sabes cuán pobre eres, cuán necesitado te pareces a ti mismo, que te dices rico. Cuanto más tienes, más requieres: y aunque adquieras algo, aún te sientes necesitado. La avaricia se inflama con el lucro, no se apaga. La codicia tiene como ciertos grados: cuanto más asciende, más se apresura a lo alto, de donde será más grave la caída del que ha de caer. Sin embargo, este era más tolerable cuando tenía menos: en la contemplación de su patrimonio, requería cosas mediocres; con el aumento del patrimonio, aumentó el incremento de la codicia. No quiere ser inferior en deseos, pobre en anhelos. Así, junta dos cosas intolerables a la vez, para que aumente la esperanza ambiciosa del rico, y no deposite el afecto de la mendicidad. Finalmente, la Escritura divina nos enseña cuán miserablemente carece, mendiga abyectamente.

5. El rey Acab estaba en Israel, y el pobre Nabot. Aquel abundaba en las riquezas del reino: este poseía un pequeño terreno de suelo estrecho. Nada codició el pobre de las posesiones del rico: el rey se consideró necesitado, porque el pobre vecino tenía una viña. ¿Quién, pues, te parece pobre; el que está contento con lo suyo, o el que codicia lo ajeno? Ciertamente uno parece pobre en patrimonio, el otro es pobre en afecto. El afecto del rico no conoce la

necesidad: la abundancia de patrimonio no puede llenar el pecho del avaro. Por eso, el rico codicioso está en la envidia de la posesión, y en la queja de la pobreza. Pero ya consideremos las palabras de la Escritura.

6. Y sucedió, dice, después de estas palabras, que había una viña de Nabot el jezraelita en Israel junto a la casa de Acab, rey de Samaria. Y Acab habló a Nabot diciendo: Dame tu viña, y será para mí en huerto de hortalizas; porque está cerca de mi casa: y te daré por ella otra viña: si te parece bien, te daré dinero por esta viña, y será para mí en huerto de hortalizas. Y Nabot dijo a Acab: No permita Dios que te dé la herencia de mis padres. Y se turbó su espíritu, y se acostó en su cama, y cubrió su rostro, y no comió pan (III Reg. XXI, 1 y ss.).

7. La Escritura divina había expuesto antes (III Reg. XIX, 21) que Eliseo, siendo pobre, dejó sus bueyes, y corrió tras Elías, y los mató, y los repartió al pueblo, y se adhirió al profeta. Por condenación, pues, se anticiparon las del rico, que se describe en este rey, porque teniendo los beneficios de Dios, como este Acab, a quien el Señor le dio tanto el reino como la lluvia concedida por la oración del profeta Elías, violó los mandamientos divinos.

8. Escuchemos, pues, qué dice: Dame, dice. ¿Qué otra voz es esta de un necesitado? ¿Qué otra voz es esta de quien pide limosna pública, sino Dame, esto es, dame, porque carezco: dame, porque no tengo otro medio de subsistencia: dame, porque no tengo pan para el sustento, moneda para la bebida, gasto para el alimento, sustancia para el vestido: dame, porque el Señor te ha dado para que debas dar, a mí no me ha dado: dame, porque si tú no das, no podré tener: dame, porque está escrito: Dad limosna (Luc. XI, 41). ¡Cuán abyectas, cuán viles son estas! Pues no tienen el afecto de la humildad, sino el incendio de la codicia. Pero en la misma abyección, ¡cuánta impudencia! Dame, dice, tu viña. Confiesa que es ajena, para pedir lo indebido.

568 9. Y te daré, dice, por ella otra viña. El rico desprecia lo que es suyo como vil; pues lo ajeno lo codicia como lo más precioso.

10. Si te parece bien, te daré dinero. Rápidamente corrige su error, ofreciendo dinero por la viña. Pues nada quiere que otro posea, quien desea ocupar todo con sus posesiones.

### CAPÍTULO III.

Los ricos no codician lo ajeno tanto por utilidad, sino para excluir a otros hombres. Cuán vano es ese deseo, que los hace inferiores incluso a los mismos brutos: cuán vergonzoso es vender la posesión paterna por lujuria: finalmente, cuán impacientes son los ricos ante el rechazo.

11. Y será para mí, dice, en huerto de hortalizas. Esta era, pues, toda la locura, todo el furor, que se buscara espacio para hortalizas viles. No, pues, codiciáis lo que es útil para poseer; sino que queréis excluir a otros. Tenéis más cuidado por los despojos de los pobres que por vuestros propios beneficios. Consideráis una injuria vuestra si el pobre tiene algo que se estime digno de la posesión del rico. Creéis que es una pérdida vuestra todo lo que es ajeno. ¿Por qué os deleitan las pérdidas de la naturaleza? El mundo fue creado para todos, que pocos ricos intentáis defender para vosotros. Pues no solo la posesión terrena, sino el mismo cielo, el aire, el mar, se reivindicán para el uso de unos pocos ricos. Este aire, que tú incluyes con posesiones extendidas, ¿cuántos pueblos puede alimentar? ¿Acaso los ángeles tienen espacios del cielo divididos, para que tú dividas la tierra con límites establecidos?

12. Clama el Profeta: ¡Ay de aquellos que juntan casa a casa, y villa a villa (Isaías V, 8)! Y los reprende por su avaricia ineficaz. Pues huyen de cohabitar con los hombres, y por eso excluyen a los vecinos: pero no pueden huir; porque cuando han excluido a estos, encuentran a otros de nuevo: y cuando los han rechazado, es necesario que lleguen a la vecindad de otros. Pues no pueden habitar solos sobre la tierra. Las aves se asocian con las aves, de hecho, a menudo el cielo se cubre con el vuelo de un gran grupo: el ganado se une al ganado, los peces a los peces: y no consideran una pérdida, sino un comercio de vida, cuando toman la compañía más numerosa, y buscan una especie de protección en el consuelo de una sociedad más frecuente. Solo tú, hombre, excluyes al compañero: incluyes a las fieras; construyes moradas para las bestias, destruyes las de los hombres. Introduces el mar dentro de tus propiedades, para que no falten las bestias; extiendes los límites de la tierra, para que no puedas tener un vecino.

13. Hemos escuchado la voz del rico que busca lo ajeno, escuchemos la voz del pobre que defiende lo propio: No permita Dios, dice, que te dé la herencia de mis padres. Considera el dinero del rico como una especie de contaminación suya, como si dijera: Tu dinero sea contigo para perdición (Hechos VIII, 20); pero yo no puedo vender la herencia de mis padres. Tienes lo que seguir, rico, si eres sabio; para que no vendas tu campo por una noche de meretriz: no transfieras tu derecho por el gasto de una comilona, y los gastos de los placeres: no adjudiques tu casa al juego de dados, para que no pierdas el derecho de la piedad hereditaria.

14. Al escuchar esto, se turbó el espíritu del rey avaro: Y se acostó en su cama, y cubrió su rostro, y no comió su pan. Los ricos lloran si no pueden arrebatar lo ajeno: si el pobre no cede sus bienes, no pueden ocultar la violencia de su tristeza. Desean dormir, cubren su rostro; para no ver nada ajeno en el mundo, para no saber que hay algo en este mundo que no es suyo, para no escuchar que el vecino posee algo cerca de ellos, para no escuchar al pobre contradiciéndoles. Son de aquellos cuyas almas dice el profeta: Mujeres ricas, levantaos (Isaías XXXII, 9).

#### CAPÍTULO IV.

¿Por qué se dice que Acab no comió su pan? Elegante comparación de la abstinencia de los ricos y los pobres. Cuán necio es acumular riquezas para los herederos con tanto cuidado; y sobre las miserias de un rico.

15. Y no comió, dice, su pan (III Reg. XXI, 4); porque buscaba lo ajeno. Pues los ricos comen más el pan ajeno que el suyo, que viven del robo, y ejercen su gasto con rapinas. O ciertamente no comió su pan queriendo castigarse con la muerte, porque se le negaba algo.

16. Compara ahora el afecto del pobre. No tiene nada, y no sabe ayunar voluntariamente sino para Dios, no sabe ayunar sino por necesidad. Ricos, ciertamente despojáis a los pobres de todo, les quitáis todo, no dejáis nada: sin embargo, vosotros, ricos, soportáis más bien el castigo de los pobres. Ellos ayunan si no tienen; vosotros, cuando tenéis. Así que primero exigís el castigo de vosotros mismos, que imponéis a los pobres. Así que vosotros sufrís con vuestro afecto las miserias de la pobre pobreza: y los pobres no tienen con qué usar; vosotros, sin embargo, ni usáis vosotros mismos, ni dejáis que otros usen. Extraéis oro de las venas del metal, pero de nuevo lo escondéis. ¡Cuántas vidas enterráis en ese oro!

17. ¿Para quién se guardan estas cosas, cuando leéis sobre el rico avaro: "Acumula tesoros, y no sabe para quién los reúne" (Salmo XXXVIII, 7)? El heredero ocioso espera, el heredero fastidioso reprocha que tardéis en morir. Odia el incremento de su herencia, se apresura hacia la pérdida. ¿Qué hay entonces más miserable, cuando ni siquiera ante aquel para quien trabajáis dejáis gratitud? Por él soportáis con tristeza el hambre todos los días, temiendo las pérdidas diarias de vuestra mesa: por él adornáis ayunos diarios.

18. Conozco a un rico que, al dirigirse al campo, solía contar los panes llevados desde la ciudad; para que, según el número de panes, se estimara cuántos días estaría en el campo. No quería abrir el granero sellado; para que nada de lo almacenado se disminuyera. Se asignaba un pan por día, que apenas podía saciar al avaro. También he sabido con certeza que, si alguna vez se le presentaba un huevo, se quejaba de que un polluelo había sido asesinado. Escribo esto para que sepáis que la justicia de Dios es vengadora, que las lágrimas de los pobres vengará con vuestro ayuno.

## CAPÍTULO V.

Las mesas de los ricos se sostienen con la sangre y la vida de muchos pobres; y aquí se describe bellamente el dolor y la angustia de un padre obligado por un rico a vender a su hijo: también se describe la dureza inhumana de los ricos, que las mujeres también aumentan con su gasto y lujo.

19. ¡Qué religioso sería el ayuno si destinaras el gasto de tu banquete a los pobres! Aquel rico ya es más tolerable, de cuya mesa el pobre Lázaro recogía lo que caía, deseando saciarse: pero incluso la mesa de este se sostenía con la sangre de muchos pobres; y sus copas, de muchos a quienes había obligado al lazo, goteaban sangre.

20. ¿Cuántos son asesinados para que se prepare lo que os deleita? Vuestra hambre es funesta, vuestro lujo es funesto. Aquel cae desde las alturas para preparar amplios almacenes para vuestros granos. Aquel cae desde la cima de un árbol alto mientras explora las variedades de uvas que debe llevar, para que se sirvan vinos dignos de tu banquete. Aquel se hunde en el mar, temiendo que falte pescado en tu mesa, o ostras. Aquel, en el frío invernal, mientras se esfuerza por cazar liebres o atrapar aves con lazos, se congela. Aquel, ante tus ojos, si algo te desagradaba, es golpeado hasta la muerte, y salpica las mismas viandas con sangre derramada. Finalmente, había un rico que ordenó que le llevaran la cabeza de un profeta pobre a su mesa: y no encontró otra cosa con la que pagar a la bailarina, sino ordenar que se matara al pobre.

21. He visto a un pobre ser llevado, mientras se le obligaba a pagar lo que no tenía, arrastrado a la cárcel porque faltaba vino en la mesa del poderoso; llevar a sus hijos a subasta, para poder diferir la pena por un tiempo. Si por casualidad encontraba a alguien que lo ayudara en esa necesidad, regresaba al albergue con los suyos, viendo todo saqueado, sin que le quedara nada para comer, lamentando el hambre de sus hijos, dolido porque no los había vendido a alguien que pudiera alimentarlos. Regresa a su decisión, toma la determinación de vender. Sin embargo, luchaban en él la injuria de la pobreza y la gracia de la piedad paterna: el hambre lo empujaba al precio, la naturaleza al deber: dispuesto a morir con sus hijos, que a separarse de ellos, muchas veces avanzaba, muchas veces retrocedía. Sin embargo, la necesidad prevaleció en él, no la voluntad, y la misma piedad cedió a la necesidad.

22. Consideremos ahora las tormentas de la mente paterna agitándose, a cuál de los hijos entregaría primero. ¿A quién, dice, venderé primero? Pues sé que el precio de uno no es

suficiente para alimentar a los demás. Esta fecundidad del rico solo lleva a la miseria. ¿A quién ofreceré? ¿A quién mirará con agrado el subastador de granos? ¿Ofreceré al primogénito? Pero él fue el primero en llamarme padre. Este es el mayor de los hijos, a quien honro como mayor. ¿Pero daré al menor? A este lo abrazo con un amor más tierno. Me avergüenzo de aquel, me compadezco de este: suspiro por el paso de aquel, por la edad de este: aquel ya siente la miseria, este la ignora: me conmueve el dolor de aquel, la ignorancia de este. ¿Me dirigiré a los otros? Aquel me halaga más, este es más reservado: aquel se parece más al padre, este es más útil: en aquel vendo mi imagen, en este traiciono mi esperanza. ¡Ay de mí! No encuentro qué hacer, no tengo qué elegir. Me rodean las caras de las calamidades, el coro de las miserias.

23. Esta es una rabia salvaje, elegir a quién entregar. Las mismas fieras, cuando sienten que el peligro se cierne sobre su prole y sobre ellas, suelen elegir a quién liberar, no a quién ofrecer. ¿Cómo, pues, discerniré el afecto de la naturaleza? ¿Cómo olvidaré, cómo despojaré mi mente de padre? ¿Cómo estableceré la subasta de mi hijo? ¿Con qué palabras negociaré el precio? ¿A qué manos entregaré a mi hijo en servidumbre? ¿Con qué ojos miraré al que sirve? ¿Con qué besos me despediré del que parte? ¿Con qué palabras excusaré el hecho? Hijo, te vendí por mi alimento. Así, la mesa del pobre es más funesta que la del rico. Aquel vende a extraños, yo vendo lo mío: aquel impone la necesidad: yo aporto la voluntad. Para que la causa sea más excusable, añadiré: Hijo, servirás por tus hermanos, para que se les busque alimento. Y José fue vendido en servidumbre por sus hermanos, después alimentó a ellos y a su padre. Y él responderá: Pero no lo vendió su padre, sino que lloró su pérdida: pero después él también cayó en el poder del rico, y apenas pudo ser liberado. Después, su linaje sirvió a las riquezas de Egipto por mucho tiempo. Véndeme al menos, padre, con la condición de que no me compren los ricos.

24. Estoy atrapado, lo confieso: pero ¿qué haré? ¿No venderé a ninguno? Pero mientras considero a uno, veré a todos perecer de hambre. Si entrego a uno, ¿con qué ojos veré a los demás sospechosos de mi impiedad, temiendo que también venda a otros? ¿Con qué vergüenza regresaré a casa? ¿Cómo entraré? ¿Con qué afecto habitaré, habiéndome negado a mí mismo un hijo, que no fue consumido por la enfermedad, ni arrebatado por la muerte? ¿Con qué conciencia consideraré mi mesa, que como brotes de olivo alrededor la vestían tantos hijos?

25. Esto lamenta el pobre en tu presencia, y la avaricia te cierra el oído, ni tu mente se ablanda con el horror del hecho miserable. Todo el pueblo gime, y solo el rico no se conmueve, ni escucha la Escritura que dice: "Pierde dinero por el hermano y el amigo, y no lo escondas bajo una piedra para la muerte" (Eclesiástico XXIX, 13). Y porque no escuchas, por eso exclama el Eclesiástico diciendo: "Hay un mal doloroso que he visto bajo el sol, riquezas guardadas para el mal de quien las posee" (Eclesiástico V, 12). Pero tal vez regreses a casa y hables con tu esposa: ella te instará a que redimas al vendido. Más bien te instará a que ofrezcas el adorno femenino, con el que podrías liberar al pobre con poco. Ella te impondrá la necesidad de gastos; para que beba en una gema, duerma en púrpura, se recueste en un lecho de plata, cargue sus manos con oro, su cuello con collares.

26. Las mujeres también se deleitan con los grilletos, siempre que estén atadas con oro. No consideran que sean cargas, si son preciosas: no piensan que sean cadenas, si en ellas brillan tesoros. También deleitan las heridas; para que el oro se inserte en las orejas, y las perlas cuelguen. Las gemas tienen su peso, las vestimentas su frío. Se suda en las gemas, se siente frío en la seda; sin embargo, los precios agradan: y lo que la naturaleza rechaza, la avaricia lo recomienda. Buscan con gran furor esmeraldas, jacintos, berilos, ágatas, topacios, amatistas,

jaspes, sardios: aunque se pida la mitad del patrimonio, no escatiman en el gasto, mientras se entregan a la codicia. No niego que hay un cierto brillo agradable en estas piedras, pero sin embargo, son piedras. Y ellas mismas, pulidas contra la naturaleza, advierten que deben dejar la aspereza de las rocas, que más bien debe pulirse la dureza de la mente que la de las piedras.

## CAPÍTULO VI.

Qué nula es la eficacia de las riquezas: y por qué se llaman riquezas. La servidumbre de los ricos es más miserable que la de los esclavos: donde este lugar del Evangelio, "¿Qué haré... destruiré mis graneros, etc.," se expone piadosa y elocuentemente.

27. ¿Qué artífice pudo añadir un solo día a la vida del hombre? ¿A quién redimieron sus riquezas del infierno? ¿Qué enfermedad mitigó el dinero? "No en la abundancia de riquezas," dice, "está su vida" (Lucas XII, 15). Y en otro lugar: "Los tesoros no aprovechan a los injustos: pero la justicia libera de la muerte" (Proverbios X, 2). Con razón clama el Profeta: "Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas" (Salmo LXI, 11). ¿De qué me sirven, si no pueden liberarme de la muerte? ¿De qué me sirven, si no pueden estar conmigo después de la muerte? Aquí se adquieren, aquí se dejan. Por lo tanto, hablamos de un sueño, no de un patrimonio. De donde bien dice el mismo Profeta sobre los ricos: "Durmieron su sueño, y no encontraron nada todos los hombres de riquezas en sus manos" (Salmo LXXV, 6); esto es decir: No encontraron nada en sus obras los ricos, que no dieron nada a los pobres: no ayudaron a la indigencia de nadie, no pudieron encontrar nada que aprovechara para su utilidad.

28. Considera el mismo nombre. Los gentiles llaman a Plutón el gobernante de los infiernos, al árbitro de la muerte lo llaman Plutón y rico, porque el rico no sabe más que infligir muerte, cuyo reino es de los muertos, cuya sede son los infiernos. ¿Qué es el rico, sino un abismo insaciable de riquezas, una insaciable hambre y sed de oro? Cuanto más bebe, más arde. Así advierte el profeta: "El que ama el dinero, no se saciará de dinero" (Eclesiastés V, 9): Y más adelante el mismo: "Y esto es un mal doloroso. Como vino, así se va, y su abundancia trabaja en el viento. Y todos sus días en tinieblas, y luto, y mucha ira, y languidez, y enojo" (Ibid., 15 y sig.); para que la condición de los siervos sea más tolerable. Ellos sirven a los hombres, este al pecado. Así dice el Apóstol (Romanos VI, 16): "El que hace pecado, es siervo del pecado." Siempre está en lazos, siempre en cadenas: nunca libre de grilletes, porque siempre está en crímenes. ¡Qué miserable servidumbre, servir a los pecados!

29. No conoce los deberes de la misma naturaleza, ni las vicisitudes del sueño, ni disfruta de la dulzura del alimento, cuyo servicio no es libre. Dulce es el sueño del siervo, aunque coma poco o mucho: pero al saciado de riquezas, no hay quien le permita dormir. La codicia lo despierta, la preocupación vigilante de robar lo ajeno lo agita, la envidia lo atormenta, la demora lo aflige, la infertilidad de los cultivos lo perturba, la abundancia lo inquieta. De donde aquel rico, cuya posesión trajo abundantes frutos, que pensó dentro de sí diciendo: "¿Qué haré, porque no tengo dónde almacenar mis frutos?" y dijo: "Esto haré, destruiré mis graneros, y haré otros más grandes; allí reuniré todo lo que he cosechado, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años, descansa, come, bebe, regocíjate;" Dios respondió: "Necio, esta noche te reclamarán tu alma: lo que has preparado, ¿de quién será?" (Lucas XII, 17 y sig.) Ni siquiera Dios le permite dormir. Interpela al que piensa, despierta al que duerme.

30. Pero ni él mismo se permite estar en paz, quien se preocupa por la abundancia de sus riquezas, y en la fertilidad de los frutos emite la voz del necesitado. "¿Qué haré," dice? ¿No

es esta la voz del pobre, que no tiene medios de vida? El necesitado de todo mira aquí y allá, examina el albergue, no encuentra nada para su sustento: considera que no hay nada más miserable que perecer de hambre, y morir por la falta de alimento: busca atajos para la muerte, y explora los suplicios más tolerables para morir: toma la espada, cuelga la cuerda, enciende el fuego, prueba el veneno: y entre estas cosas, dudando de qué elegir, dice: "¿Qué haré?" Luego, atraído por la dulzura de esta vida, desea revocar su sentencia, si puede encontrar sustento para vivir. Ve todo desnudo, todo vacío, y dice: "¿Qué haré? ¿De dónde sacaré alimento, de dónde vestimenta? Quiero vivir, si tengo cómo sostener esta vida: pero ¿con qué alimentos, con qué medios?"

31. "¿Qué haré," dice, "porque no tengo?" El rico clama que no tiene. Esta es la palabra de la pobreza: el abundante en frutos se queja de la escasez. "No tengo," dice, "dónde almacenar mis frutos." Pensarías que dice: No tengo frutos, de los cuales vivir. Bienaventurado el que peligra por la abundancia; más bien, este es más miserable por su fecundidad que el pobre, que está en peligro por la escasez. Aquel tiene con qué excusar su miseria; ciertamente tiene la injuria, no tiene la culpa: este no tiene a quién culpar más que a sí mismo.

32. Y dijo: "Esto haré, destruiré mis graneros." Pensarías que aún dice: Abriré mis graneros, que entren los que no pueden soportar el hambre, que vengan los indigentes, que entren los pobres, que llenen sus bolsas, destruiré las paredes que excluyen al hambriento. ¿Para qué esconderé lo que Dios hace abundar para que lo comparta? ¿Para qué cerraré con cerrojos las puertas de los graneros, que Dios ha llenado todo el ámbito de los campos, que nacen y abundan sin guardián?

## CAPÍTULO VII.

El mismo lugar es continuado por el Santo Doctor, mostrando que los avaros, cuando deberían hacer el bien con sus bienes, prefieren gastar en construcción; y que se deleitan más con la enormidad de los precios que con la abundancia de los frutos: sin embargo, les enseña dónde pueden guardar sus frutos de manera segura.

33. La esperanza del avaro ha sido vencida. Se rompen los viejos graneros con las nuevas cosechas. "Menos," dice, "tenía, y en vano guardé: más ha nacido, y ¿para quién lo acumulo?" Mientras busco el aumento de los precios, he perdido el uso de los beneficios. ¿Cuántas almas de pobres pude haber salvado con el grano del año anterior? Estos precios me habrían deleitado más, que no se valoran con dinero, sino con gracia. Imitaré al santo José con la proclamación de la humanidad: clamaré con gran voz: Venid, pobres, comed mis panes, extended el regazo, recibid el grano. La fecundidad del rico, la abundancia de todo el mundo, debe ser la fertilidad de todos. Pero tú no dices esto, sino que dices: "Destruiré mis graneros." Correctamente destruyes aquellos de los que ningún pobre regresa cargado. Los graneros de la iniquidad son receptáculos, no subsidios de piedad. Correctamente destruye quien no sabe edificar sabiamente. Destruye sus propios graneros el rico, que no conoce los eternos: destruye los graneros, quien no sabe dividir su grano, sino cerrarlo.

34. "Y haré otros más grandes." Infeliz, al menos destina a los pobres lo que gastas en la construcción. Mientras rehúsa la gracia de la liberalidad, pagas las pérdidas de la construcción.

35. Y añadió: "Allí reuniré todo lo que he cosechado, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes." El avaro siempre se consume con la fecundidad de los frutos, mientras calcula la baratura del alimento. Pues la fecundidad es de todos, la esterilidad solo es lucrativa para el

avaro. Se deleita más con la enormidad de los precios que con la abundancia de las provisiones; y prefiere tener lo que solo él, que lo que pueda vender con todos. Mira al que teme que el cúmulo de grano sobreabunde, que sobre los graneros se derrame en los pobres, y se adquiera ocasión de algún bien para los necesitados. El rico se apropia solo para sí el fruto de las tierras, no porque quiera usarlo, sino para negarlo a otros.

36. "Tienes," dice, "muchos bienes." El avaro no sabe llamar bienes sino a los que son lucrativos. Pero le concedo que se llamen bienes los que son pecuniarios. ¿Por qué entonces hacéis males de los bienes, cuando debéis hacer bienes de los males? Pues está escrito: "Haced amigos con las riquezas de iniquidad" (Lucas XVI, 9). Por lo tanto, para quien sabe usarlas, son bienes: para quien no sabe usarlas, correctamente son males. "Dispersó, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre" (Salmo CXI, 9). ¿Qué hay mejor que esto? Son bienes si los compartes con los pobres, en lo que constituyes a Dios como deudor tuyo con una especie de préstamo de piedad. Son bienes si abres los graneros de tu justicia, para que seas el pan de los pobres, la vida de los necesitados, el ojo de los ciegos, el padre de los huérfanos.

37. Tienes con qué hacerlo, ¿qué temes? Te convoco con tu propia voz. Tienes muchos bienes guardados para muchos años, puedes abundar para ti y para otros. Tienes la fecundidad pública, ¿por qué destruyes tus graneros? Te muestro dónde guardar mejor tus frutos, dónde cercarlos bien, para que los ladrones no te los quiten. Enciérralos en el corazón de los pobres, donde ningún glotón los consume, ninguna vejez los corrompa. Tienes almacenes, los senos de los necesitados: tienes almacenes, las casas de las viudas: tienes almacenes, las bocas de los niños, para que se te diga: "De la boca de los niños y de los lactantes has perfeccionado la alabanza" (Salmo VIII, 3). Estos son los almacenes que permanecen para siempre: estos graneros que la fecundidad futura no destruye. Pues ¿qué harás de nuevo, si te nace más el año siguiente? ¿De nuevo destruirás aquellos que ahora te propones hacer, y harás otros más grandes? Pues Dios te da fecundidad, para que o venza o condene tu avaricia; para que no puedas tener excusa: tú, sin embargo, lo que quiso que naciera para muchos, lo reservas solo para ti, más bien te lo quitas; pues lo guardarías mejor para ti, si lo compartieras con otros. Pues los frutos de los bienes de las ofrendas vuelven a aquellos mismos que los han dado, y la gracia de la liberalidad regresa al autor. Finalmente, está escrito: "Sembrad para vosotros en justicia" (Oseas X, 12). Sé un agricultor espiritual, siembra lo que te aproveche. Buena siembra en el corazón de las viudas. Si la tierra te devuelve frutos más abundantes de lo que recibió, cuánto más la recompensa de la misericordia devolverá multiplicado lo que diste.

## CAPÍTULO VIII.

El avaro imprudente es urgido por la muerte, y con razón es llamado necio en el lugar mencionado del Evangelio: cuánto mejor es distribuir el dinero que retenerlo; y cuán inadecuadamente se excusan los ricos de no dar limosna.

38. Luego, hombre, ¿no sabes que el nacimiento de la tierra precede al día de la muerte, pero la misericordia excluye el ataque de la muerte? Ya están presentes quienes reclaman tu alma, y tú aún pospones los frutos de tus obras. ¿Todavía te mides largos tiempos de vida? Necio, esta noche reclamarán tu alma de ti (Luc. XII, 20). Bien dice de noche; pues de noche se reclama el alma del avaro: comienza en tinieblas y en tinieblas persevera. Para el avaro siempre es de noche; el día es para el justo, a quien se le dice: Amén, amén te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). El necio, sin embargo, cambia como la luna

(Ecli. XXVII, 12): pero los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII, 43). Con razón se le reprocha su necedad, a quien ha puesto su esperanza en comer y beber. Y por eso se le urge el tiempo de la muerte, según lo dicho por aquellos que sirven al vientre: Comamos y bebamos, pues mañana moriremos (Isa. XXII, 13). Con razón se le llama necio, porque provee a su alma de cosas corporales; porque guarda lo que no sabe para quién lo reserva.

39. Y por eso se le dice: ¿Y lo que has preparado, de quién será? (Luc. XII, 20). ¿Por qué mides, cuentas y sellas cada día? ¿Por qué pesas el oro, ponderas la plata? ¿Cuánto mejor es ser un dispensador generoso que un guardián solícito! ¿Cuánto te beneficiaría para la gracia ser llamado padre de muchos huérfanos, que tener innumerables monedas selladas en un saco! Pues el dinero aquí se deja: pero la gracia de las buenas obras se lleva con nosotros al juez del mérito.

40. Pero tal vez digas, como suelen decir ustedes: No debemos dar a quien Dios ha maldecido de tal manera que quiso que careciera. Pero no son los pobres malditos, pues está escrito: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). No de los pobres, sino de los ricos dice la Escritura: El que acapara el grano, será maldecido (Prov. XI, 26). Luego, no busques lo que cada uno merece. La misericordia no suele juzgar por méritos, sino socorrer las necesidades: ayudar al pobre, no examinar la justicia. Pues está escrito: Bienaventurado el que entiende al necesitado y al pobre (Sal. XL, 1). ¿Quién es el que entiende? El que se compadece de él, el que advierte que es compañero de naturaleza, el que reconoce que tanto al rico como al pobre los hizo el Señor, el que sabe que santificará sus frutos si de ellos ofrece alguna porción a los pobres. Por tanto, cuando tienes de dónde hacer el bien, no lo pospongas diciendo: Mañana daré; no sea que pierdas la oportunidad de dar. Es peligrosa la dilación en la salvación de otro. Puede suceder que mientras tú pospones, él muera. Más bien, adelántate antes de la muerte, no sea que la avaricia te impida mañana también, y las promesas se defrauden.

## CAPÍTULO IX.

Cómo Jezabel, que es la avaricia, promete a los ricos la posesión que desean contra la justicia.

41. Pero, ¿qué diré para que no pospongas la liberalidad? Ojalá no apresures el robo: ojalá no extorsiones lo que codicias: ojalá no pidas lo ajeno, pases por alto lo negado, soportes pacientemente lo excusado, no escuches a esa Jezabel que es la avaricia, diciendo con un cierto torrente de vanidad: Yo te daré la posesión que deseas (III Reg. XXI, 7). Estás triste porque quieres considerar la medida de la justicia; para no arrebatar lo ajeno: yo tengo mis derechos, tengo mis leyes; calumniaré para despojar: y para que se arrebate la posesión del pobre, se atentará contra la vida.

42. ¿Qué otra cosa se describe en esa historia, sino la avaricia de los ricos, que es un vano torrente, que arrastra todo como un río, y lo lleva a ningún uso provechoso? Esta es Jezabel, no una, sino múltiple: no de un solo tiempo, sino de muchos tiempos: esta dice a todos, como aquella dijo a su esposo Acab. Levántate, come pan, y vuelve a ti: yo te daré la viña de Nabot el jezreelita.

43. Y escribió un libro en nombre de Acab, y lo selló con su anillo, y envió el libro a los ancianos, y a los nobles que habitaban con Nabot. Y estaba escrito en el libro: Proclamad un ayuno, y poned a Nabot en la cabeza del pueblo, y poned a dos hombres hijos de iniquidad

frente a él; para que den falso testimonio contra él diciendo: Bendijo a Dios y al rey; y sacadlo, y apedreadlo (Ibid., 8 y ss.).

## CAPÍTULO X.

Los ricos, cuando no pueden robar lo ajeno, por tristeza no toman alimento: y en esto, qué ayuno o plegarias son aceptas a Dios: luego, qué contrario manda Dios, y ellos hacen.

44. ¿Qué claramente se expresa la costumbre de los ricos! Se entristecen si no roban lo ajeno: renuncian al alimento, ayunan, no para disminuir el pecado, sino para cometer un crimen. Los ves entonces acudiendo a la Iglesia, solícitos, humildes, asiduos, para merecer obtener el efecto del crimen. Pero Dios les dice: No elegí este ayuno, ni aunque dobles tu cuello como un círculo, ni aunque te cubras de ceniza y cilicio, ni así llamarás a esto un ayuno acepto. No elegí tal ayuno, dice el Señor. Sino desata toda atadura de injusticia, disuelve las obligaciones de los cambios violentos, libera a los quebrantados en remisión, y rompe toda escritura iniqua: parte tu pan con el hambriento, a los pobres sin techo llévalos a tu casa: si ves al desnudo, vístelo; y no desprecies a los de tu propia carne. Entonces tu luz matutina se levantará para ti, y tu salud brotará rápidamente y te precederá la justicia, y la majestad de Dios te rodeará: entonces clamarás, y Dios te escuchará, mientras aún hablas, dirá: Aquí estoy (Isa. LVIII, 5 y ss.).

45. ¿Escuchas, rico, lo que dice el Señor Dios? Y tú vienes a la Iglesia, no para dar algo al pobre, sino para quitarle: ayunas, no para que el gasto de tu banquete beneficie a los necesitados, sino para obtener botín de los necesitados. ¿Qué quieres con el libro y el papel, y el sello, y la escritura, y el vínculo del derecho? ¿No has oído: Desata toda atadura de injusticia, disuelve las obligaciones de los cambios violentos, libera a los quebrantados en remisión; y rompe toda escritura iniqua? Tú me ofreces tablas, yo te recito la ley de Dios: tú escribes con tinta, yo te repito los oráculos de los profetas inscritos por el Espíritu de Dios: tú compones falsos testimonios, yo pido el testimonio de tu conciencia, que no podrás eludir ni evitar, cuyo testimonio no podrás rechazar en el día en que el Señor revele los secretos de los hombres. Tú dices: Destruiré mis graneros; y el Señor dice: Deja más bien que todo lo que está dentro del granero se destine a los pobres, deja que estas bodegas beneficien a los necesitados. Tú dices: Haré más grandes, y allí reuniré todo lo que he ganado para mí; el Señor dice: Parte tu pan con el hambriento. Tú dices: Quitaré a los pobres su casa; pero el Señor dice, que a los pobres sin techo los llesves a tu casa. ¿Cómo quieres, rico, que Dios te escuche, cuando tú no crees que debes escuchar a Dios? Si no se accede al arbitrio del rico, se monta una escena: se considera una injuria a Dios, si se rechaza la petición del rico.

## CAPÍTULO XI.

Nabot es acusado por dos falsos testigos y lapidado; Acab primero simula tristeza, luego invade su posesión. Qué sentencia pronunció Dios contra él; y especialmente por qué se dice que las prostitutas se lavarán en su sangre: donde también se habla del castigo de Jezabel.

46. Bendijo a Dios y al rey (III Reg. XXI, 10), como si fuera una persona igual, para que la injuria sea igual. Bendijo, dice, a Dios y al rey. Para que el nombre de maldito no ofenda al rico, y no se le hiera con el mismo sonido de la palabra, se llama bendición a la maldición. Se buscan dos testigos de iniquidad. Con dos testigos también fue acosada Susana: dos testigos encontró la Sinagoga para lanzar falsedades contra Cristo: con dos testigos se mata al pobre. Sacaron entonces a Nabot fuera, y lo lapidaron (Ibid., 13). Ojalá al menos se le permitiera morir en lo suyo. El rico envidia al pobre incluso su sepultura.

47. Y sucedió, dice, que cuando Acab oyó que Nabot había muerto, rasgó sus vestiduras, y se cubrió de cilicio. Y sucedió después de esto, que Acab se levantó y descendió a la viña de Nabot el jezreelita, para poseerla (Ibid., 16). Los ricos se enfurecen y calumnian, para dañar si no obtienen lo que desean. Pero cuando han calumniado y dañado, simulan estar dolidos: sin embargo, tristes y como afligidos, no de corazón, sino de rostro, salen al lugar de la posesión arrebatada, y se apoderan de la iniquidad de su opresión.

48. Esto mueve la justicia divina, y condena al avaro con digna severidad diciendo: ¿Has matado y poseído la herencia? Por esto, en el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, allí lamerán los perros tu sangre; y las prostitutas se lavarán en tu sangre (Ibid., 19). ¡Qué justa, qué severa sentencia, para que la amargura de muerte que infligió a otro, él mismo la disuelva con el horror de su propia muerte! Dios ve al pobre insepulto, y por eso decreta que el rico yacerá insepulto; y para que muerto pague la pena de su iniquidad, quien ni siquiera pensó en perdonar al muerto. Así, el cadáver empapado en la sangre de su herida mostró en la apariencia del funeral la crueldad de su vida. Cuando el pobre sufrió esto, el rico fue acusado; cuando el rico lo sufrió, el pobre fue vindicado.

49. ¿Qué significa que las prostitutas se lavaron en su sangre; sino tal vez para mostrar que en esa ferocidad del rey había una cierta perfidia meretriz, o una lujuria sangrienta, que fue tan lujurioso que deseó una hortaliza; tan sangriento, que por una hortaliza mató a un hombre? Una pena digna consume al avaro, una pena digna consume la avaricia. Finalmente, también a Jezabel la devoraron los perros y las aves del cielo; para mostrar que la sepultura del rico se convierte en presa de la maldad espiritual. Huye, pues, rico, de tal final. Pero huirás de tal final, si huyes de tal crimen. No seas Acab, para codiciar la posesión vecina. No habite contigo esa Jezabel, esa avaricia funesta, que te persuade de lo sangriento: que no refrena tus deseos, sino que los impulsa: que te hace más triste incluso cuando posees lo deseado: que te hace desnudo, cuando has sido rico.

## CAPÍTULO XII.

El avaro es indigente y fugitivo. Cuán abatido fue el rey Acab ante Elías; y cómo siempre se descubre al pecador. Finalmente, se estimula a los ricos al uso legítimo de las riquezas.

50. Pues todo abundante se juzga más pobre; porque cree que le falta todo lo que otros poseen. Carece de todo el mundo, aquel cuyas codicias el mundo no puede contener: pero para el que es fiel, todo el mundo es riqueza. Huye por todo el mundo, quien al considerar su conciencia, teme ser descubierto. Y por eso Acab dijo a Elías según la historia, pero según los enigmas el rico al pobre: ¿Me has encontrado, enemigo mío? (Ibid., 20). ¡Qué miserable conciencia, que se dolió de ser descubierta!

51. Y Elías le dijo: Te he encontrado, porque has hecho el mal ante los ojos del Señor (Ibid.). Él era rey, y rey de Samaria Acab: Elías pobre, y necesitado de pan, a quien le habría faltado sustento, si los cuervos no le hubieran ministrado alimento. Tan abatida estaba la conciencia del pecador, que ni siquiera se elevaba con el orgullo de la potencia real. Así, como vil y degenerado: Me has encontrado, dice, enemigo mío: has descubierto en mí lo que creía oculto: ningún secreto de mi mente te engaña: me has encontrado, tus heridas están abiertas para ti, la cautividad está presente. Se encuentra al pecador, cuando se revela su iniquidad, pero el justo dice: Me has probado con fuego, y no se halló iniquidad en mí (Sal. XVI, 3). Adán fue encontrado cuando se escondía: pero no se encontró la sepultura de Moisés: Acab fue encontrado, Elías no fue encontrado; y la sabiduría de Dios dijo: Me buscarán los malos,

y no me encontrarán (Prov. I, 28). Por eso también en el Evangelio (Juan VIII, 21) nuestro Señor Jesús fue buscado, y no fue encontrado. La culpa, por tanto, delata a su autor. Por eso el tesbita dice: Te he encontrado, porque has hecho el mal ante los ojos del Señor; porque el Señor entrega a los culpables, pero no entrega a los inocentes en poder de sus enemigos. Finalmente, Saúl buscaba al santo David, y no podía encontrarlo: pero el santo David encontró al rey Saúl, a quien no buscaba, porque el Señor lo entregó en su poder. La opulencia, por tanto, es cautiva, la pobreza es libre.

52. Servís, ricos, y una servidumbre miserable, que servís al error, servís a la codicia, servís a la avaricia, que no puede ser satisfecha. Un abismo insaciable, es más rápido cuando sumerge lo que se le arroja: y como un pozo cuando rebosa, se ensucia con lodo, raspa la tierra que no le servirá de nada. 580 Con este ejemplo conviene que seáis advertidos. Pues el pozo si no sacas nada, fácilmente se corrompe con ocio inerte y situación degenerada: pero ejercitado brilla en apariencia, se endulza para beber: así también el montón de riquezas, arenoso en su cúmulo, es hermoso en su uso, pero inútil en su ocio. Deriva, pues, algo de este pozo. El agua apaga el fuego ardiente, y la limosna resiste a los pecados: pero el agua estancada pronto produce gusanos. No detengas tu tesoro, ni detengas tu fuego: se detendrá en ti, a menos que lo apartes con las obras de tu misericordia. Considera, rico, en cuántos incendios estás. Esta es tu voz diciendo: Padre Abraham, di a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua (Luc. XVI, 24).

53. Por tanto, te beneficia a ti lo que des al necesitado: te crece a ti lo que disminuyas: te alimentas a ti mismo con el alimento que des al pobre; porque quien se compadece del pobre se alimenta a sí mismo, y el fruto ya está en estas cosas. La misericordia se siembra en la tierra, germina en el cielo: se planta en el pobre, florece ante Dios. No digas, dice Dios, mañana daré (Prov. III, 28). Quien no te permite decir: Mañana daré, ¿cómo te permitirá decir: No daré? No das al pobre de lo tuyo, sino que le devuelves de lo suyo. Pues lo que es común dado para el uso de todos, tú solo lo usurpas. La tierra es de todos, no de los ricos: pero son menos los que no usan de lo suyo, que los que lo usan. Por tanto, devuelves una deuda, no das lo indebido. Por eso te dice la Escritura: Inclina tu alma al pobre, y devuelve tu deuda, y responde pacíficamente con mansedumbre (Ecli. IV, 8).

### CAPÍTULO XIII.

Los ricos se glorían insensatamente en su linaje, cuando ellos mismos no rara vez son deshonor para sus mayores: el oro es madera de ofensa. Cuánta inhumanidad hay en los ricos contra los pobres; y qué tipo de recomendación conviene al rico.

54. ¿Por qué te enorgulleces, rico? ¿Por qué dices al pobre: No me toques? ¿No fuiste concebido y nacido del vientre, como también el pobre ha nacido? ¿Por qué te jactas de tu linaje noble? Suelen también enumerar las genealogías de sus perros como las de los ricos: suelen también proclamar la nobleza de sus caballos como la de los cónsules. Aquel fue engendrado por tal padre, y nacido de tal madre: aquel se regocija en tal abuelo: aquel se exalta por sus antepasados. Pero nada de esto ayuda al que corre; no se da la palma a la nobleza, sino a la carrera. Es más deshonoroso el vencido, en quien también la nobleza del linaje pelagra. Cuida, pues, rico, que no se avergüencen en ti los méritos de tus mayores, no sea que también se les diga: ¿Por qué educasteis a tal, por qué elegisteis a tal heredero? No está el mérito del heredero en los techos dorados, ni en los platos de púrpura. Esa alabanza no es de los hombres, sino de los metales, en los que los hombres son castigados. Por los necesitados se busca el oro, y a los necesitados se les niega. Trabajan para buscarlo, trabajan para encontrarlo, lo que no saben poseer.

55. Sin embargo, me sorprende por qué creen ustedes, ricos, que deben jactarse de ello, por qué el oro es más materia de ofensa que de recomendación. Pues el oro es madera de ofensa, y ¡ay de aquellos que lo siguen! Finalmente, se bendice al rico que fue hallado sin mancha, y que no fue tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero (Ecli. XXXI, 8). Pero como si no pudiera ser conocido, desea que se le muestre: ¿Quién es este, dice, y lo alabaremos; pues ha hecho lo que debemos admirar más como nuevo, que reconocer como habitual? Así, quien pueda ser probado en las riquezas, ese es verdaderamente perfecto y digno de gloria. Quien pudo, dice, transgredir, y no transgredió, y hacer el mal, y no lo hizo (Ibid., 10). Por tanto, el oro para ustedes, en el que hay tanto atractivo de error, no se recomienda tanto por su gracia, como por el castigo de los hombres.

56. ¿O acaso los amplios atrios los exaltan; que más bien deberían compungirlos, porque aunque albergan multitudes, excluyen la voz del pobre? Aunque nada sirve de oírla, la que incluso oída nada aprovecha. Luego, ¿no les advierte la misma sala de la vergüenza, que al edificar quieren superar sus riquezas, y sin embargo no lo logran? Visten las paredes, desnudan a los hombres. Clama ante tu casa el desnudo, y lo ignoras: clama el hombre desnudo, y tú estás preocupado por con qué mármoles vestir tus pavimentos. El pobre busca dinero, y no lo tiene: el hombre pide pan, y tu caballo mastica oro bajo sus dientes. Pero te deleitan los adornos preciosos, mientras otros no tienen granos. ¡Cuánto juicio tomas para ti, rico! El pueblo tiene hambre, y tú cierras tus graneros: el pueblo se lamenta, y tú giras tu gema. Infeliz, en cuyo poder está defender de la muerte a tantas almas, y no hay voluntad. La vida de todo un pueblo podría salvarse con la gema de tu anillo.

57. Escucha claramente cómo debe ser la predicación del rico: "He liberado," dice, "al pobre de la mano del poderoso, y he ayudado al huérfano que no tenía protector. La bendición del que iba a perecer vino sobre mí: y la boca de la viuda me bendijo. Me vestía de justicia, era ojo para los ciegos, pie para los cojos; y yo era padre de los débiles" (Job XXIX, 12 y ss.). Y más adelante: "Ante mis puertas no habitó el huésped, y mi puerta estaba abierta para todo el que venía. Si he pecado imprudentemente, no oculté mi culpa, ni temí a la multitud del pueblo; para no anunciarles en su presencia: si he dejado salir al débil de mi puerta vacío: si alguna garantía de deudor tuve, la devolví rota sin recuperación de la deuda sin demora" (Job XXXI, 32 y ss.). Pues, ¿qué más puedo repetir, que en todo enfermo dijo haber llorado y gemido, al ver a un hombre en necesidad, mientras él estaba en bienes? Pero entonces consideraba que eran días de males para él, cuando veía que tenía y otros carecían. Si esto lo dice aquel que nunca hizo languidecer el ojo de la viuda, que nunca comió su pan solo y no lo entregó al huérfano, a quien desde su juventud alimentó, crió, instruyó con afecto de padre; que nunca despreció al desnudo, que cubrió al moribundo, que con las lanas de sus ovejas calentó los hombros de los débiles, que no oprimió al huérfano, que nunca se deleitó en las riquezas, que nunca se alegró por la caída de sus enemigos; si quien hizo estas cosas comenzó a carecer de las más altas riquezas, si de un patrimonio tan grande no obtuvo más que el fruto de la misericordia: ¿qué será de ti, que no sabes usar tu patrimonio, que en las más altas riquezas soportas días de mendicidad; porque a nadie das, a nadie ayudas?

#### CAPÍTULO XIV.

Para inducir a los ricos a comprar con oro la libertad y la salvación, propone varias razones; enseña cuáles son las verdaderas riquezas; también a quiénes se revela Dios y dónde se hace su lugar en paz.

58. Eres, por tanto, guardián de tus bienes, no dueño, quien entierra el oro en la tierra, ministro ciertamente de él, no árbitro. Pero donde está tu tesoro, allí también está tu corazón. Por tanto, en ese oro has enterrado tu corazón en la tierra. Vende más bien el oro y compra la salvación; vende la piedra y compra el reino de Dios; vende el campo y redime para ti la vida eterna. Digo cosas verdaderas, porque las afirmo con la palabra de la verdad: "Si quieres ser perfecto," dice, "vende todo lo que tienes; y da a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo" (Mat. XIX, 21). Y no te entristezcas cuando escuches esto; para que no se te diga también a ti, como se le dijo a aquel joven rico: "¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!" (Ibid., 23): más bien, cuando leas esto, considera que la muerte puede arrebatarte estas cosas, el poder superior puede quitártelas. En definitiva, porque se te pide poco por mucho, lo caduco por lo eterno, los tesoros de dinero por los tesoros de gracia. Estos se corrompen, aquellos permanecen.

59. Considera que no posees estos solo, la polilla los posee contigo, el orín los posee, que consume el dinero. Estos compañeros te los dio la avaricia. Pero mira a quiénes te da la gracia como deudores: "Los labios de los justos bendecirán al espléndido en los panes, y se hará testimonio de su bondad" (Ecli. XXXI, 28). Te hace deudor al Padre Dios, quien por el don con el que se ayudó al pobre, paga el interés, como buen deudor de un buen acreedor. Te hace deudor al Hijo de Dios, quien dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me recogisteis; desnudo, y me cubristeis" (Mat. XXV, 35 y 36). Porque lo que se haya dado a cada uno de los más pequeños, dice que se le ha dado a Él.

60. No sabes, oh hombre, acumular riquezas. Si quieres ser rico, sé pobre para el mundo, para que seas rico para Dios. Rico en fe, es rico para Dios; rico en misericordia, es rico para Dios; rico en simplicidad, es rico para Dios; rico en sabiduría, rico en ciencia, ricos para Dios. Hay quienes en la pobreza abundan, y quienes en las riquezas carecen. Abundan los pobres, cuya profunda pobreza abundó en las riquezas de su simplicidad: pero los ricos carecieron y tuvieron hambre. Pues no está escrito en vano: "Los pobres serán puestos sobre los ricos, y los propios siervos prestarán a sus amos" (Prov. XVII, 2); porque los ricos y los amos siembran cosas superfluas y malas, de las cuales no recogen fruto, sino espinas. Y por eso los ricos estarán sujetos a los pobres, y los siervos prestarán a sus amos cosas espirituales; como el rico rogaba que el pobre Lázaro le prestara una gota de agua. También tú, rico, puedes cumplir esta sentencia: da al pobre y has prestado al Señor; porque quien da al pobre, presta al Señor.

61. Hermosamente el santo David, en el salmo LXXV, cantando un himno a Dios escrito contra el asirio, es decir, contra el asirio de la maldad espiritual, el príncipe vano y vacío de este mundo, comenzó así: "Dios es conocido en Judea" (Sal. LXXV, 1 y 2); esto es, no en los ricos, no en los nobles, y en los poderosos: sino en el alma que confiesa, Dios es conocido: "Y en Israel grande," dice, "es su nombre": no en los príncipes y cónsules, sino en aquel que ve a Dios: él es Israel, en quien la profunda fe pudo llegar al conocimiento de Dios.

62. "Y se hizo," dice, "en paz su lugar" (Ibid., 3); donde el afecto tranquilo no es agitado por las olas de diversas codicias, no es turbado por las tormentas de la avaricia, no se enciende en incendios de riquezas que buscar. Él es quien contempla lo eterno, y habita en Sion, rompiendo todos los instrumentos de guerra espirituales, quebrando los arcos con los que el diablo, dirigiendo dardos encendidos, suele infligir graves pasiones en los pechos de los hombres. Pero esos dardos no pueden dañar al justo, para quien Dios es luz, y está tan lejos del horror de las tinieblas que oscurecen, que el adversario no puede tener lugar en él, quien incluso se suele infundir en los príncipes; como se infundió en Judas el traidor, cortando como en un bosque las puertas de la fe; para tener entrada en su corazón, y poseer el

tabernáculo del nombre eterno, dedicado por el don del apostolado. Por tanto, aquel como usurpador impropio cortó las puertas, para entrar violentamente; pero el Señor como piadoso ilumina a sus siervos, y con sus méritos resplandecientes, y con la claridad de sus virtudes, ilumina las tinieblas de este mundo. Esta gracia tienen ante Dios los pacíficos y mansos, fundados en la sobria tranquilidad de su mente; pero los insensatos de corazón se turban, y ellos mismos son autores de su propia agitación; porque se revuelven en el ardor de sus deseos, y fluctúan en una especie de oleaje.

## CAPÍTULO XV.

Quienes no saben usar las riquezas, son esclavos de ellas, y duermen su propio sueño. Cuándo se dice que el alma es un carro y la carne un caballo que debe ser guiado por el vigor de la mente: se examina la diferencia entre el conductor, el jinete y el montador.

63. Quiénes son estos, el Profeta lo indicó expresamente diciendo: "Todos los hombres de riquezas" (Sal. LXXV, 6); dijo todos, no exceptuó a ninguno. Y bien los llamó hombres de riquezas, no riquezas de hombres; para mostrar que no son poseedores de riquezas, sino que son poseídos por sus riquezas. Pues la posesión debe ser del poseedor, no el poseedor de la posesión. Por tanto, quien no usa su patrimonio como posesión, quien no sabe dar al pobre y distribuir, es esclavo de sus bienes, no dueño de ellos, quien guarda lo ajeno como siervo, no como dueño que usa lo suyo. En tal afecto decimos que es hombre de riquezas, no riquezas de hombre. Pues el entendimiento es bueno para quienes lo usan: pero quien no entiende, ciertamente no puede reclamar para sí la gracia del entendimiento; y por eso, adormecido por el sueño de la embriaguez, duerme. Por tanto, estos hombres duermen su propio sueño, es decir, duermen su sueño, no el de Cristo. Y quienes no duermen el sueño de Cristo, no tienen el descanso de Cristo, no se levantan con la resurrección de Cristo; quien dice: "Yo dormí, y descansé, y me levanté; porque el Señor me sostendrá" (Sal. III, 6).

64. En este mundo algunos dormitan, considerados dignos de reprensión celestial, quienes montaron caballos que no podían refrenar. Leemos en otro lugar, diciendo la Iglesia o el alma: "Me puso en los carros de Aminadab" (Cant. VI, 11). Si, por tanto, el alma es un carro, mira que no sea el caballo la carne: pero el conductor es el vigor de la mente, que gobierna la carne, y sus movimientos como ciertos caballos los refrena con las riendas de la prudencia. Por tanto, dormitaron quienes montaron los placeres del cuerpo, sin gobernarlos con moderación. Por eso prefirió llamarlos montadores antes que jinetes o conductores. Pues el conductor con disciplina y arte guía los caballos a su arbitrio, para incitarlos cuando corren, o refrenar a los indómitos, o llamar a los fatigados, o convertir a los mansos según su voluntad. Por eso, cuando Elías fue recibido, y llevado como en un carro al cielo, clamó a él Eliseo: "Padre, padre, conductor de Israel, y su jinete" (IV Reg. II, 12), es decir, tú que gobernabas al pueblo del Señor con buena dirección, por el mérito de tu constancia recibiste estos carros, estos caballos que corren hacia lo divino, porque el Señor te comprobó como moderador de las mentes humanas; y por eso, como buen auriga, vencedor en la carrera, eres coronado con el premio eterno. También en el profeta Habacuc se lee, dicho al mismo Señor: "Subirás sobre tus caballos, y tu caballería es salvación" (Habac. III, 8): pues guió a sus apóstoles, a quienes dirigió por diversos lugares, para que predicaran el Evangelio en todo el mundo. "Subirás," dice, como a un conductor de caballos, no como a un montador. Pues también sube el jinete, pero para gobernar, no solo para sentarse: porque el perezoso y flojo no puede soportar el paso de una mente somnolienta.

65. Del jinete se ha leído: "Es jinete caerá hacia atrás, esperando la salvación del Señor" (Gen. XLIX, 17). Porque nadie está sin caída, incluso si algún jinete cae, y es inclinado por

algunos vicios terrenales; si, sin embargo, no abandona la esperanza de levantarse, confiando en la misericordia divina, llega a la salvación. Del montador, sin embargo, hay una clara indicación de que se le considera reprobable, cuando el mismo Moisés dice en el cántico del Éxodo: "Caballo y montador arrojó al mar" (Éxodo XV, 21). Y en Zacarías el Señor habló diciendo: "Heriré a todo caballo con locura, y a su montador con insensatez" (Zacarías XII, 4). No dijo solo al caballo, sino también al montador, como también tienes en el Éxodo: "Caballo y montador." Pues donde está el montador, que no puede gobernar su propio caballo, también el caballo es llevado al precipicio, si con furia indomable es arrastrado a lugares abruptos y peligrosos. ¿Por qué, entonces, confían en los caballos, ricos? El caballo es engañoso para la salvación (Sal. XXXII, 17). ¿Por qué se alaban en los carros? Estos en carros, y estos en caballos, pero nosotros nos magnificaremos en el nombre del Señor. Ellos se han atado, y han caído: pero nosotros nos hemos levantado y estamos erguidos (Sal. XIX, 8). No amen a los que relinchan: no se exciten, ricos, con el bramido de la lujuria. El Señor es terrible, y a quien nadie puede resistir, poderoso y rico: "lanza juicio celestial" (Sal. LXXV, 9).

## CAPÍTULO XVI.

Impulsa a los ricos a que cesen de sus delitos y confiesen al Señor. Cómo se les dice "Orad y devolved"; qué es lo que recomienda la oración y las ofrendas a Dios. Finalmente, las palabras mencionadas también se aplican a los pobres, y se muestra quién se aleja de Dios.

66. Es bueno que ya cesen, y descansando de los delitos, reverencien el poder del Señor. Por eso se dijo al parricida Caín: "Has pecado, descansa" (Gen. IV, 7), para que pusiera un límite a su pecado. Que sus pensamientos confiesen al Señor. No digan: No hemos pecado. Dijo Pablo: "Aunque no tengo conciencia de nada" (I Cor. IV, 4), sin embargo, añadió: "Pero no por esto soy justificado." Y ustedes, aunque no tengan conciencia de nada, confiesen al Señor, para que no haya algo que se les pase por alto. Pues quien confiesa al Señor, y aplica las reliquias de su pensamiento a la confesión, celebrará la fiesta de su mente en secreto (Sal. LXXV, 11), y se banqueteará no en la levadura de la malicia y la maldad; sino en los ázimos de la sinceridad y la verdad.

67. Así que, en conclusión, el Profeta se dirige a ustedes diciendo: "Orad, y devolved al Señor vuestro Dios" (Ibid., 12), es decir: No disimulen, ricos, el día está cerca, oren por sus pecados, devuelvan por los beneficios que tienen ofrendas. De Él recibieron lo que ofrecen: es suyo lo que le pagan. "Dones," dice (I Paral. XXIX, 14), "míos, y mis dádivas," es decir, los dones que me ofrecen, son mis dádivas: yo se los di y se los regalé. Por tanto, el Profeta dice: "No necesitas de mis bienes" (Sal. XV, 2), por eso te ofrezco lo tuyo, porque no tengo nada que no me hayas dado. La fe es la que concilia los dones, la humildad es la que recomienda lo ofrecido. Por la fe Abel ofreció una ofrenda más abundante a Dios: sobre las ofrendas de Caín, agradó la ofrenda de Abel, porque venció por la fe. Pues, ¿por qué la ofrenda del pobre agrada más que la del rico? Porque el pobre es más rico en fe, más opulento en sobriedad; y aunque sea pobre, es de aquellos de quienes se dice: "Te ofrecerán los reyes dones" (Sal. LXVII, 30). Pues el Señor Jesús no se deleita con los que ofrecen vestidos de púrpura, sino con los que gobiernan sus propios movimientos, que dominan la lascivia corporal con el imperio de la mente. Por tanto, oren, ricos. No tienen en sus obras lo que agrada. 586 Oren por sus pecados y delitos, y devuelvan al Señor su Dios ofrendas. Devuelvan en el pobre, paguen en el necesitado, presten en ese indigente, a quien no pueden aplacar por sus delitos de otra manera. A quien temen como vengador, háganlo deudor. "No tomaré," dice, "de tu casa becerros, ni de tus rebaños machos cabríos; porque mías son todas las bestias del bosque" (Sal. XLVIII, 9 y 10). Lo que ofrezcan, dice, es mío, porque todo el

orbe es mío. No exijo lo que es mío: hay algo que pueden ofrecerme de lo suyo, el esfuerzo de la devoción y la fe. No me deleito en la ambición de los sacrificios: solo, oh hombre, "ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga al Altísimo tus votos" (Ibid., 14).

68. O ciertamente, si les agrada, así lo entendamos. Pues dijo que los ricos dormían su sueño, envió las reprensiones del Señor sobre ellos, añadió terror, proclamó el poder, al que ni los ricos pueden resistir; volviéndose a todos dice: Que los ricos duerman, que los ricos sean reprendidos: ustedes oren, y devuelvan al Señor su Dios todos, los que en su entorno traen ofrendas (Sal. XXV, 12), es decir, den gracias, pobres, porque Dios no es aceptador de personas. Que ellos acumulen riquezas, guarden dinero, amontonen tesoros de oro y plata: ustedes oren, que no tienen otra cosa: ustedes oren, porque esto es lo único que tienen, que es más precioso que el oro y la plata. Ustedes devuelvan ofrendas, que no se alejan del Señor, que están en su entorno; porque quienes estaban lejos, han sido hechos cercanos. Pero quienes se consideran cercanos por las riquezas y el poder, han sido hechos lejanos por la avaricia. Pues nadie está fuera, sino aquel a quien la culpa ha excluido, como expulsó a Adán del paraíso, y excluyó a Eva. Nadie está lejos, sino aquel a quien sus propios delitos han desterrado.

69. Por tanto, ustedes que están cerca, oren y devuelvan ofrendas al terrible, y a aquel que quita el espíritu de los príncipes, terrible entre los reyes de la tierra (Ibid., 13); porque no se redime con el premio del rico, ni se inclina con el ceño de los poderosos, quien discrimina los precios de la culpa, quien cuanto más ha dado a alguien, más exige de él. A Saúl, siendo privado, le dio el reino, pero porque no guardó el mandato, perdió tanto el reino como el espíritu. A muchos reyes de las naciones, por su perfidia, los hizo ser cautivos del pueblo de los padres. Y para hablar ya de la historia propuesta (III Reg. XIX), quien ordenó que el rey Acab, ingrato a los beneficios celestiales, fuera muerto, de modo que los perros lamieran sus heridas. Pues porque codició la viña del pobre, no satisfecho con tantas riquezas de su imperio, fue reducido por el Señor a una indigencia total. No se encontró quien lavara sus heridas, ni quien cubriera su cuerpo. La humanidad de los hombres falló a su alrededor, sucedió la aspereza de los perros. El avaro encontró ciertamente dignos ministros de su funeral.

## 587 CAPÍTULO XVII.

Por qué Acab, a quien Dios había prometido perdón por su penitencia, fue sin embargo vencido y muerto: doble razón de este hecho: de donde se concluye que Dios guarda sus promesas incluso a los indignos.

70. En este lugar surge la cuestión de cómo leemos que el Señor dijo a Elías: "¿Has visto cómo Acab se ha humillado ante mí? No traeré el mal en sus días, sino en los días de su hijo traeré el mal" (III Reg. XXI, 29). O cómo decimos que la penitencia vale ante el Señor. He aquí que el rey se humilló ante el Señor, y andaba llorando, y rasgó sus vestiduras, y se cubrió de cilicio, y estaba vestido de saco desde el día en que mató a Nabot el jezeelita (Ibid., 27); de tal manera que movió a misericordia a Dios, y cambió la sentencia. Por tanto, o la penitencia no valió, ni inclinó al Señor misericordioso, o el oráculo es falso. Pues Acab fue vencido y muerto (III Reg. XXII, 35).

71. Pero considera que tenía por esposa a Jezabel (III Reg. XX, 25), cuyo arbitrio lo inflamaba, quien convirtió su corazón, y con excesivos sacrilegios lo hizo execrable; y por tanto, revocó este afecto de su penitencia. Pero el Señor no puede ser considerado mutable,

sino que no consideró que debía guardar a quien no recordó su confesión, lo que había prometido al confesor.

72. Recibe otra verdad: y el Señor mantuvo el tenor de su sentencia incluso para el indigno, pero él mismo no sostuvo los beneficios divinos hacia sí. El rey de Siria había iniciado una guerra: fue vencido y perdonado; también fue liberado de su cautiverio y devuelto a su reino. Lo que fue de la sentencia divina, no solo escapó Acab, sino que también triunfó: lo que fue de su propia negligencia, armó a su enemigo para ser vencido por él. Y ciertamente había sido advertido por el profeta que decía: Conoce y ve qué haces (III Reyes XXI, 22). Fue advertido, digo, porque la ayuda de la gracia celestial se debía a los siervos del rey de Siria, ya que había dicho: Dios de los montes, Dios de Israel, y no Dios de Baal: por esto, dijo, obtuvieron para nosotros. Y por eso, dijo, si no los vencemos completamente, en lugar del rey de Siria, establece sátrapas (Ibid., 23); para quitarles la fuerza y el poder del rey. Finalmente, en el primer encuentro venció, para hacer huir al enemigo: en el segundo venció, cuando devolvió al capturado a su dominio. La causa de su victoria resultó evidente por el oráculo, cuando uno de los hijos de los profetas dijo a su prójimo: Mátame. Y el hombre no quiso matarlo. Y dijo: Porque no obedeciste la palabra del Señor, he aquí que te alejas de mí, y te matará un león. Y se alejó de él, y un león lo encontró y lo mató (Ibid., 35 y sig.). Y después de esto, otro profeta se presentó ante el rey de Israel, y le dijo: Así dice el Señor, Porque dejaste ir al hombre de exterminio de tu mano, he aquí tu vida por la vida de él, y tu pueblo por el pueblo de él.

73. Queda claro, por tanto, con estos oráculos que el Señor también mantiene sus promesas incluso con los indignos; pero los impíos son oprimidos por su propia necesidad o condenados por otra transgresión, incluso si han escapado de los lazos de la primera transgresión. Pero debemos actuar de tal manera que, dignos por nuestras buenas obras, merezcamos recibir las promesas del Dios omnipotente.